

Patagonia Express

Índice

Apuntes sobre estos apuntes

Segunda parte :
Apuntes de un viaje de ida

Parte final :
Apuntes de

llegada

Primera parte :

Apuntes de un viaje a ninguna parte

Tercera parte :

Apuntes de un viaje de regreso

Apuntes sobre estos apuntes

- 1 En la casa mexicana de Mari Carmen y Paco Ignacio Taibo I hay una mesa enorme y en torno a ella se reúnen veinticuatro comensales. Allí escuché una vez cierta frase que sirve de título a un libro de Taibo I: "Para parar las aguas del olvido". Cuando más tarde leí la obra, por una parte crecí mi cariño y admiración por el escritor
- 5 asturiano y, por otra, aprendí que es imposible evitar la despedida de ciertos textos, por más que uno los quiera y vea en ellos una parte fundamental de su intimidad. Ahora me despido de estos apuntes, compañeros de un largo camino, que siempre estuvieron conmigo para recordarme mi casi ningún derecho a sentirme solo, deprimido, o con la bandera a media asta. Fueron escritos en diferentes lugares y situaciones.
- 10 Nunca supe cómo llamarles y todavía no lo sé. Alguna vez, alguien me dijo que con seguridad debía de tener muchos textos del cajón, y como la aseveración me sorprendió le pedí que se explicara.
- Textos del cajón: esas anotaciones que se hacen sin saber por qué ni para qué-detalló.
- 15 No. No son textos del cajón porque ello supondría la existencia de un cajón que, normalmente, forma parte de un escritorio, y yo no tengo escritorio. Ni tengo ni quiero tener, pues escribo sobre un grueso tablón heredado de un viejo panadero hamburgués.
- Cierta tarde de skatt, un juego de naipes muy del norte de Alemania, el viejo panadero
- 20 anunció a sus compañeros de partida que la artritis lo obligaba a tirar la toalla y a cerrar la panadería.
- ¿Y qué vas a hacer ahora, viejo roñoso?
- le preguntó uno de los amables jugadores.
- Considerando que ninguno de mis hijos quiere seguir en la profesión y que mis
- 25 máquinas han sido declaradas obsoletas, pues mandarlo todo al infierno y obsequiar lo que todavía emane cariño
- respondió el viejo Jan Keller, y a continuación nos invitó a una gran juerga en la panadería.
- Ahí recibí el grueso tablón sobre el que amasó pan durante cincuenta años, y sobre él
- 30 amasó mis historias. Amo este tablón que huele a levadura, a sésamo, a jengibre, al más noble de los oficios. Así que un escritorio, ¿para qué diablos iba yo a querer un escritorio?
- Estos apuntes que no sé cómo llamar permanecieron en los rincones de alguna estantería, se cubrieron de polvo y, a veces, buscando antiguas fotos o
- 35 documentos, volví a toparme con ellos, y confieso que los leí con una mezcla de ternura y orgullo, porque esas páginas garrapateadas o pésimamente mecanografiadas encerraban un intento de comprensión de dos temas capitales muy bien definidos por Julio Cortázar: la comprensión del sentido de la condición de hombre, y la comprensión del sentido de la condición de artista.
- 40 Es cierto que en ellos hay mucho de experiencia personal, pero nadie debe ver en eso una suerte de conjura contra el mal de Alzheimer, pues no está en mis planes escribir un libro de memorias.
- Me despido entonces de estos apuntes, que en algunos casos abandonaron sus escondites para ser publicados en antologías, revistas y, últimamente, en una edición parcial en Italia.
- Finalmente se ordenan en el volumen que usted, lectora, lector, tiene en las manos, gracias a los acertados y fraternos consejos de Beatriz de Moura. Lo he titulado Patagonia Express, como un homenaje a un ferrocarril que, aunque ya no existe, pues la poesía se declara poco rentable en nuestros días, continúa viajando en la memoria de los hombres y mujeres de la Patagonia.
- Les invito a acompañarme en un viaje sin itinerario fijo, junto a todas esas personas estupendas que aparecen con sus nombres, y de las que tanto aprendí y sigo aprendiendo.

Primera Parte :

Apuntes de un viaje a ninguna parte

4. (En la cárcel)

(...)

1 Usted tiene uná bonita caligrafía, teniente. Pero sabe que esos versos no son suyos
-dije
devolviéndole el cuaderno.

Lo vi temblar. Aquel sujeto cargaba armas como para matarme varias veces y, si no
5 quería mancharse el uniforme, podía ordenar a otro que lo hiciera. Temblando de ira se
puso de pie, arrojó al suelo todo lo que había sobre el escritorio, y gritó:
-¡Tres semanas al cubo, pero antes pasas por el pedicuro, subversivo de mierda!
El pedicuro era un civil, un terrateniente al que la reforma agraria había expropiado
varios miles de hectáreas, y se desquitaba participando como voluntario en los
10 interrogatorios. Su especialidad era levantar las uñas de los pies, lo que ocasionaba
terribles infecciones.

Conocía el cubo. Mis primeros seis meses de prisión fueron de aislamiento total en el
cubo, un habitáculo subterráneo que medía un metro cincuenta de largo, por igual
medida de ancho, por igual medida de alto. Antiguamente en la cárcel de Temuco había
15 habido una curtiembre (*tannerie*) y el cubo servía para almacenar grasas. Las paredes de
cemento hedían aún a grasa, mas al cabo de una semana los propios excrementos se
encargaban de convertir el cubo en un lugar muy íntimo.

Solamente cruzado en diagonal era posible estirar el cuerpo, pero las bajas
temperaturas del sur de Chile, el agua de las lluvias, y los orines de los soldados,
20 invitaban a abrazar las piernas, a permanecer así, deseando ser cada vez más pequeño,
hasta conseguir habitar alguna de las islas de mierda que flotaban y sugerían
vacaciones de ensueño.

Tres semanas estuve ahí, contándome películas de Laurel y Hardy, recordando palabra
por palabra las novelas de Salgari, Stevenson, London, jugando largas partidas de
1 ajedrez, lamiéndome los dedos de los pies para protegerlos de las infecciones. En el
cubo juré y rejuré que nunca me dedicaría a la crítica literaria.

5.

5 Un día de junio de 1976 se acabó el viaje a ninguna parte. Gracias a las gestiones de
Amnistía Internacional salí de la cárcel, y aunque rapado y con veinte kilos menos, me
llené los pulmones con el aire denso de una libertad limitada por el miedo a
perderlanuevamente. Muchos de los compañeros que quedaron dentro fueron asesinados por
los militares. Mi gran orgullo es saber que no olvido ni perdono a sus verdugos. He
10 obtenido muchas y bellas satisfacciones en mi vida, pero ninguna se compara con la
alegría que da abrir una botella de vino al saber que alguno de esos criminales fue
ametrallado en una calle. Entonces levanto la copa y digo: "Un hijo de puta menos,
¡viva la vida!".

A algunos de mis compañeros que sobrevivieron los he encontrado por el mundo, a otros
15 no los volví a ver, pero todos ocupan un lugar de preferencia en mis recuerdos. Un
día, a fines de 1985, en un bar de Valencia me topé sorpresivamente con Gálvez. Me
contó que vivía en Italia, en Milán, que tenía la nacionalidad italiana y cuatro
bellísimas hijas, todas italianas. Luego del abrazo largo y llorado nos largamos a
charlar de los viejos tiempos, y naturalmente que la gallina fue parte del tema.
-Que en paz descanse- dijo Gálvez-

Fui el último de los antiguos que salió en libertad, a finales del setenta y ocho, y
la llevé conmigo. Vivió feliz y gorda en mi casa de Los Angeles hasta que murió de
vieja. Está enterrada en el jardín bajo una lápida que dice: "Aquí yace Dulcinea,
señora de caballeros imposibles, emperatriz de ninguna parte"

Trapananda

"Mucho antes de que Aysén se llamara Aysén, en castellano se llamó Trapananda. ¡Qué bello y extraño nombre! Trapananda... Me sonaba, no sé por qué, a palabra oriental, india. Me sonaba a nombre de imperio asiático legendario, como la Trapisonda de los Libros de Caballería y del Quijote. En ninguno de los diccionarios que consulté encontré nada que se le pareciera". Ignacio Balcells

Tercera parte : Apuntes de un viaje de regreso

1 A la entrada del gran fiordo de Aysén, El Colono aminora la velocidad para realizar el viraje de cuarenta y cinco grados que le permitirá adentrarse en la Patagonia. La navegación se torna entonces muy lenta, casi monótona, como los gestos de los camioneros que viajan en el transbordador, hombres que matan el tiempo disputando
5 partidas de dominó, tomando mate amargo o rasurándose ante los espejos retrovisores de sus vehículos. Otros, los que no juegan ni se acicalan, comprueban si la carga de los camiones sigue bien estibada, si los costales de ajo, papas, cebollas, verduras y todo aquello que no crece ni florece ni se fabrica en la inmensa región a la que se dirigen, continúa seguro en las espaldas de los camiones, que reposan como animales
10 dormidos en el vientre de una ballena rojiblanca.

Es un amanecer sin vientos, apenas una leve brisa advierte que dejamos el Pacífico para adentrarnos en las mansas aguas del gran Fiordo. La superficie se ve como una placa metálica, a la que el sol naciente arranca reflejos plateados. En el puente de mando, el timonel y dos oficiales escudriñan atentos el quieto sendero de agua. A los
15 hombres de mar les gusta el fiordo con oleaje. En el movimiento del agua reconocen los traicioneros bancos de arena y los filudos arrecifes que se esconden bajo la superficie. Nada peor que la mar en calma, suelen comentar los marinos australes. Navegamos con rumbo al suroeste, y si hay suerte podremos atracar en un lugar llamado Trapananda.

20 -¿Cómo se llega a Trapananda? -pregunto a un camionero.

-No tengo la menor idea. Tal vez lo sepa el capitán

-responde sin dejar de afeitarse. No. Este no es un patagón.

-¿Cómo se llega a Trapananda? -insisto ahora con uno de los que toman mate.

-Con paciencia, paisano. Con mucha paciencia -contesta, y me observa con expresión de
25 complicidad. Sí. Sin duda éste es un patagón.

Trapananda. En 1570, el gobernador de Chile, don García Hurtado de Mendoza, concluyó, muy a pesar suyo, que los rumores que hablaban de grandes yacimientos de oro y plata al sur de La Frontera, en el territorio dominado por el cerro ¿Ñielol y desde el cual los mapuches, pehuenches y tehuelches habían empezado una guerra de resistencia que se
30 prolongaría por más de cuatro siglos -fueron los primeros guerrilleros de América-, no eran más que eso: rumores sustentados en supercherías.

A don García Hurtado de Mendoza no le interesaban mayormente los metales nobles. El era un agricultor y, al igual que muchos otros conquistadores castellanos-Pedro de Valdivia entre ellos-, había comprobado con satisfacción que el potencial agrícola de
35 las tierras situadas al norte del río Bío Bío era infinito. Allí crecía de todo. Bastaba con lanzar las semillas y la fértil tierra hacía el resto.

Hasta el vino se daba bien. En 1562, en las tierras entregadas al encomendero Jerónimo de Urmeneta, a veinte leguas al sur de Santiago del Nuevo Extremo, se produjeron las primeras cincuenta barricas de vino chileno. Era un caldo espeso, fuerte, seco y
40 oscuro como la noche. Un buen vino para consagrar, pero mejor para beber. Los descendientes del encomendero continuaron con su producción, y en nuestros días el Urmeneta del Valle del Maipo está considerado como uno de los mejores vinos del planeta.

Se daba de todo en esas tierras, pero desde España reclamaban oro y plata, de tal
45 manera que una vez más don García decidió conceder credibilidad a los rumores acerca de la riqueza dorada o plateada.

Esta vez los rumores de la soldadesca hablaban de un misterioso reino de Tralalanda, Trapalanda o Trapananda, donde las ciudades estaban adoquinadas con lingotes de oro y las puertas de las casas se abrían gracias a grandes bisagras de plata de la más alta
50 ley. Algunos llegaron a aseverar que Trapalanda, Tralalanda o Trapananda no era otra que la mítica Ciudad Perdida de los Césares, una suerte de El Dorado austral. Y los rumores aseguraban que tal prodigioso reino se extendía al sur de Reloncaví, a unos mildoscientos kilómetros de la joven capital chilena.

Don García Hurtado de Mendoza armó entonces una expedición al mando del adelantado
55 Arias Pardo Maldonado y la despidió con la orden de conquistar para España el reino de Tralalanda, Trapalanda, Trapananda, o como diablos se llamase.

Ningún historiador ha podido comprobar si Arias Pardo Maldonado llegó a pisar las tierras al sur del Reloncaví, las tierras de la Patagonia continental, pero en el Archivo de Indias, en Sevilla,

60 pueden leerse algunas de las actas escritas por el adelantado:

"Los habitantes de Trapananda son altos, monstruosos y peludos. Tienen los pies tan

grandes y descomunales que su andar es lento y torpe, siendo por ello fácil presa de los arcabuceros.

65 "Los de Trapananda tienen las orejas tan grandes que para dormir no precisan de mantas ni otras prendas de cobijo, pues se tapan los cuerpos con ellas.

"Son los de Trapananda gentes de tal hedor y pestilencia que no se soportan entre ellos, y por eso no se acercan, ni aparean, ni tienen descendencia".

70 Qué importa si Arias Pardo Maldonado estuvo o no en Trapananda, si pisó o no la Patagonia. Con él nace la literatura fantástica escrita en el continente americano, nuestra desproporcionada imaginación, y eso legítima su condición de personaje histórico.

Tal vez estuviera en la Patagonia y, seducido por sus paisajes, inventara aquellas historias de seres monstruosos para alejar a otros posibles expedicionarios. Si ésa fue su intención, entonces podemos asegurar que lo consiguió, porque la Patagonia, en territorio chileno, se mantuvo virgen hasta comienzos de nuestro siglo, que es cuando empezó su colonización.

Hemos navegado unas cinco millas continente adentro cuando El Colono aminora una vez más la velocidad. Junto a otros pasajeros me asomo a la baranda de estribor para ver qué pasa. Con algo de suerte es todavía posible presenciar el desplazamiento de alguna ballena o de una formación de delfines australes. Pero esta vez no se trata de cetáceos, sino de una embarcación que, a medida que se acerca, va ganando nitidez. Es una lancha chilota. Una pequeña embarcación de unos ocho metros de eslora por tres de manga, que se desplaza impulsada por la brisa que hincha su única vela. La miro acercarse y sé que aquella frágil embarcación es parte de lo que me llamaba desde el sur del mundo.

"El que se atreve, come", dicen los chilotes. Este que veo pasar, sentado en la popa de su lancha, con el timón de paleta firmemente sujeto a sus manos, como si fuera una prolongación de su cuerpo que baja por la amura de popa hasta perderse en el agua, es un chilote que se "atrevió" a educar los robles, los alerces, los álamos, los eucaliptos, las tecas, a los que durante largos años guió en su crecimiento colgándoles piedras de diferentes pesos hasta que los troncos alcanzaran la madurez y las curvaturas requeridas para obtener una arboladura firme y elástica. Lo veo navegar y agradecer con una mano que el capitán haya dado la orden de reducir la velocidad para no desestabilizar su embarcación con las olas que levanta El Colono. Ahora navega por el gran fiordo y sé que también lo hace por Corcovado, por el terrible golfo de Penas, por los canales de Messier, del Indio, por el estrecho de Magallanes, por el mar abierto, sin radar, sin radio, sin instrumentos de navegación, sin motor auxiliar, sin nada más sin nada menos, que sus conocimientos del mar y de los vientos.

Este vagabundo del mar es mi hermano, y me da la primera bienvenida a la Patagonia.